

**APARECIDA COMO UNA ANIMACIÓN DE LA VIDA EN  
EL ESPÍRITU. A CINCO AÑOS DE SU PROMULGACIÓN**

APARECIDA AS AN ANIMATION OF LIFE IN SPIRIT.  
AFTER FIVE YEARS FROM ITS PROMULGATION

**+ Pedro Ossandón B.<sup>1</sup>**

Obispo Auxiliar de Santiago - Chile

**Resumen**

Tras cinco años de la promulgación del Documento de Aparecida, el obispo y teólogo Monseñor Pedro Ossandón resalta que Aparecida constituyó un nuevo pentecostés para la Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe. Asumiendo lo mejor de su tradición y mirando al futuro, el autor destaca la misión profética de la Iglesia y el discipulado que se nutre del encuentro con Jesucristo y de la participación en la vida Trinitaria.

**Palabra clave:** Aparecida; Nuevo Pentecostés, Iglesia profética, discipulado.

**Abstract**

Five years after the promulgation of the Aparecida Document, the bishop and theologian Monsignor Pedro Ossandón emphasizes that Aparecida constituted a new Pentecost for the Church that is on a pilgrimage in Latin America and the Caribbean. Taking the best of its tradition and looking to the future, the author emphasizes the prophetic mission of the Church and the discipleship that is nourished by the encounter with Jesus Christ and participation in the Life of the Trinity.

**Keywords:** Aparecida, New Pentecost, Prophetic Church, discipleship.

<sup>1</sup> Licenciado en Teología. Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Santiago de Chile. Profesor invitado en el Instituto Teológico y Pastoral para América Latina (ITEPAL). Correo: [possandon@episcopado.cl](mailto:possandon@episcopado.cl)

## 1. Dios vuelve su mirada al hombre para darle su propia Vida

Aparecida nos invita a encontrarnos con el otro así como Jesús se encuentra con cada uno de nosotros para estar con Él, hacer comunidad y seguirlo en su misma misión. Responder a esta invitación significa entrar en la aventura de aprender a ser persona, comunitarios y servidores. El gran aporte del discernimiento de los obispos latinoamericanos es volver la mirada hacia la persona. Más precisamente, a descubrir juntos en qué consiste ser persona y cómo se puede crecer en la gracia de la plenitud humana. Se trata de volver la mirada a la persona con los ojos, actitudes y gestos del mismo Jesús. El que nos revela la verdad de Dios y la verdad del hombre. El que sacia nuestra sed de vida eterna.

Bien podemos afirmar que los cuatro evangelios son un elenco de encuentros personales de Jesús que expresan una pedagogía de relación desde su entera dedicación por el prójimo a quien le dedica todo su tiempo, todo su amor redentor y la vida eterna. Es la pedagogía del encuentro y de la santidad porque Jesús nos devuelve nuestra identidad perdida por el pecado con el don de su amor que despierta en nosotros la Vida de Dios, haciéndonos nacer de nuevo de lo alto. Los evangelios se detienen en mil detalles de estos segundos eternos que expresan la cercanía de Dios por cada uno, en su realidad humana situada, en el contexto histórico preciso en que se desenvuelve y en la singularidad original de cada individuo. Ahí entra el Verbo de Dios hecho carne, ahí pone su tienda, ahí quiere realizar su misión de hacer nacer de nuevo al nuevo amigo, el que libremente, sin presión ni dominación, acoge este don de vida eterna. Y éste es el itinerario espiritual de la fe que Jesús nos invita a recorrer gracias a esta cercanía de Dios que tan bien anticipó Juan Bautista proclamando con voz fuerte y clara: “Conviértanse porque el Reino de los cielos está cerca” (Mt, 3, 3b). Este es el sentido del llamado al sujeto creyente a ser discípulo misionero de Jesucristo para que en Él nuestros pueblos tengan vida.

Aparecida es, entonces, una gozosa invitación a seguir a Jesús para descubrir quién es Él y en esta amistad descubrir quiénes somos, cómo nos podemos relacionar con los demás y cuál es nuestra vocación específica de servicio al mundo. Un misterio que se revela y se entrega en el amor de Dios ofrecido para nuestra dignificación y plenitud. Esta es la razón, entonces, por la cual Aparecida es un texto de ‘gaudete’, porque no hay alegría más

grande que ser amado por este único Dios vivo y verdadero que nos transmite su amor dando la vida por cada uno de nosotros. Ahí se encuentra y se funda nuestra identidad y nuestra misión como personas. Porque la “gloria de Dios consiste - lo sabemos bien - en que el hombre tenga vida” (cf. San Ireneo).

Desde este punto de vista, Aparecida nos regala lo que podríamos llamar la Animación de la Vida en el Espíritu (AVE). Como el saludo del ángel a la Virgen María: “Ave Maria, gratia plena” Así como Aparecida y, luego, la Verbum Domini, nos regalaron la Animación Bíblica de la Pastoral (ABP), podemos atrevernos nosotros hoy a decir que Aparecida y, sólo Dios sabe, también el próximo Sínodo de la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe, nos pueden decir que para recibir el don de la fe que se ora, se vive, se celebra y se proclama, necesita articularse desde esta Animación de la Vida en el Espíritu (AVE). Y esta es la clave de lectura desde donde proponemos ordenar hoy el aporte de Aparecida a los 5 años de su celebración. La llave de entendimiento que nos da siempre el Espíritu Santo, el gran protagonista de la vida de la Iglesia. El que verdaderamente construye a la persona como templo de Dios, miembro vivo de la Iglesia y servidor del Evangelio para anunciar las buenas noticias del Reino de los cielos.

## **2. La misión profética de la Iglesia en Latinoamérica**

Aparecida, entendida en su conjunto, nos recuerda, contemplando a Jesús, que no hay nada más profético y subversivo hoy que dedicarse por completo al otro. Y hacerlo a la manera de Jesús: acercándose humildemente en el silencio del pesebre pobre y anónimo, en la escucha atenta y confiada a las enseñanzas de su familia y de su pueblo, compartiendo la misma suerte de los pobres, poniéndose en el lugar del amigo y, sobre todo, del adversario. Buscando siempre el bien de cada uno en su originalidad única y preparando respetuosamente y con la urgencia de la caridad el momento exacto para su revelación plena para que por el don de la fe todas las puertas de la confianza y de la colaboración se abran para recibir a Dios y nacer a la vida nueva en su propio Espíritu de santidad.

Hoy, lo sabemos y padecemos, el mundo vive para sus propios intereses egoístas, El individuo busca afanosamente su libertad y alegría en lo

externo: en el hiperconsumismo que devuelve una y otra vez hastío e insatisfacción. Hoy pareciera que las reivindicaciones sociales son más bien particulares, propias del cliente exigente que se felicita porque se atreve a gritar más fuerte. Esta cultura del ocio y del confort tiene su cara más cruel en el olvido del empobrecido y de los excluidos. Los que se quedan atrás en el desarrollo económico, intelectual y humano son para esta mentalidad un estorbo. Ojalá, dice el pensamiento materialista no existieran los débiles, peor todavía, ojalá que no nacieran nunca o que murieran lo más pronto posible. En esta cultura utilitaria no sirven para nada, a nadie le importan. Aparecida nos enseña que la propuesta de la fe cristiana nos lleva hacia el lado opuesto y subvierte este orden establecido del egoísmo radical. Aparecida nos lleva una y otra vez al descubrimiento gozoso y admirado por el otro a la manera de Jesús. Lo hace fijando su mirada en los últimos y excluidos, en los pobres y sencillos, en los rostros de todos aquellos que nos invitan a la gratuidad de la cercanía de Jesús, incluyendo a los pagados de sí mismos, a los poderosos, reconociéndolos también como predilectos del amor de Cristo por estar confundidos como la oveja perdida, como el hijo amado que al volver a casa del Padre hacen fiesta porque el que estaba muerto ahora ha vuelto a la vida. En ellos y desde ellos viene Dios mismo a nuestro encuentro.

Es por todo esto, que la misión profética de la Iglesia en Latinoamérica consiste en la primacía de la gracia del amor primero y siempre mayor, lo que significa en abrir libremente las puertas al don del amor y la vida divina que Cristo nos regala gratis. Porque, como nos dice san Bernardo en el Oficio de estos días: “el amor basta por sí solo, satisface por sí solo y por causa de sí. Su mérito y su premio se identifican con él mismo. El amor no requiere otro motivo fuera de él mismo, ni tampoco ningún provecho, su fruto consiste en su misma práctica” He aquí la fuerza del Resucitado que nos lleva por el camino del anuncio del Reino de justicia y de paz. Y para esto Jesús nos invita a descubrirnos como personas en la gracia de ser hijos en el Hijo, unidos en un mismo Espíritu, hermanos de todos, haciendo el itinerario espiritual de la fe como sus discípulos y misioneros.

La Misión Continental es, en definitiva, la misión de Jesús y de la Iglesia hacia el corazón de Dios que nos lleva hacia el corazón de la persona. Una misión de Dios, animada, guiada y sostenida por el Espíritu, hacia Jesús y con Jesús hacia el prójimo. Y, constituidos en un nuevo Pueblo en

el Cuerpo Místico de Cristo, volcados hacia el servicio evangelizador de la paz. Una Misión que mira la realidad con simpatía y como propia porque ve, en primer lugar, a Dios actuando en la historia, en todo el tejido humano. En sus alegrías como en sus luchas. Escucha a Dios hablando en cada acontecimiento y en cada persona, porque la realidad fundante y primera de la realidad en la historia, nos dice el Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural de Aparecida, es Dios mismo. Por eso, Aparecida nos enseña que para ver la realidad hay que hacer siempre memoria agradecida, ponerse en sintonía del plan divino de salvación y hacer siempre la voluntad de Dios en Cristo y en la Iglesia.

### **3. Itinerario espiritual de la fe del discípulo misionero de Jesús. La Animación de la Vida en el Espíritu**

Todo el documento de Aparecida se puede leer y rezar como un libro de espiritualidad cristiana. Nos ofrece un itinerario de la vida cristiana que nos ayuda a cultivar el don de la fe y de la vida en el Espíritu. Es la síntesis de los aportes de Medellín, que nos llevó con toda la fuerza del Espíritu Santo a ver la dolorosa e injusta realidad de los pobres en nuestros pueblos latinoamericanos, volcando de este modo a la Iglesia hacia la misión solidaria. Asume Puebla y Santo Domingo que nos transmitieron una eclesiología de comunión y participación que aprende a dialogar con las culturas reconociendo críticamente en ellas, y antes que nada, las semillas del Verbo. Ambas conferencias nos ayudaron a situar a la Iglesia en orientaciones pastorales que siguen las cuatro constituciones dogmáticas del Concilio Vaticano II en orden a ser una Iglesia, luz de las gentes (LG), que hace propios los gozos y las esperanzas, las angustias y las tristezas de todos los pueblos (GS), que anuncia y testimonia la Palabra de Dios (DV) y celebra el paso liberador de Dios en el misterio Pascual de Cristo el Señor (SC). Así nos indican que la persona humana se descubre en la cercanía y amistad gratuita de Dios. Cercanía que nos habla en el Verbo que se hizo carne, haciéndonos un nuevo pueblo como su propia familia, santificándonos en sus sacramentos, sobre todo en el Bautismo y la Eucaristía, que nos hace nacer y recibir la Vida nueva y que nos envía a trabajar por un mundo nuevo santo, fraterno y solidario.

Entonces, ¿en qué consiste este camino de la fe y de la vida cristiana según Aparecida? ¿Cómo se aprende a ser persona, según la Vida en el Espíritu? Mirando todo el documento conclusivo observamos que esta aventura de la fe se puede ordenar de la siguiente manera:

### *3.1. Los lugares de encuentro con Cristo*

La Iglesia existe para evangelizar porque ella invita al encuentro con Dios. Y ¿dónde está Dios? ¿Cómo podemos mostrar los lugares concretos, las mediaciones para recibir esa gracia? Todos los lugares de encuentro con Cristo que señala Aparecida constituyen la propuesta pastoral para vivir el acontecimiento principal, permanente y definitivo del creyente, esto es, la amistad con Cristo. Es lo primero, desde ahí se entiende su doctrina y su moral. Él es la Verdad y la norma moral. Primero la alegría desbordante del encuentro con Cristo, luego el seguimiento como sus discípulos para aprender y hacer todo lo que Él nos diga. En este recorrido en común, y también como gracia, recibimos de Él la confianza para participar de su propia misión. Aquí se inicia el itinerario espiritual de la fe y de la vida cristiana en la comunión eclesial al servicio de la Evangelización.

### *3.2. El encuentro con Cristo en la comunión de la Iglesia*

Para saber si el encuentro con Cristo está en la dirección correcta, el mismo Señor nos dejó como prenda y garantía de su presencia, la Iglesia, portadora del Reino de Dios para todos y guiada y animada por el Espíritu Santo. Entonces, cuando el sujeto creyente se abre a la experiencia de la comunidad de Jesús se inicia la expansión de su misterio de vida en la relación nueva que el mismo Jesús le enseña para vincularse con los demás. Es por eso que, los lugares de comunión de la Iglesia constituyen una invitación a la experiencia mística de relación con Dios. Ahí recibimos y, al mismo tiempo, entregamos el amor que convierte, purifica, sana y hace crecer en la relación con la comunidad de la familia de Jesús siempre abierta a la misión. La Iglesia se hace imprescindible, bella y fuente de alegría, santa y luminosa, porque hace crecer hacia la relación de amor universal. Mostrando así toda su amable carácter de catolicidad.

Y es desde este lugar teológico de la presencia de Cristo, el que tiene como su fuente y cumbre en la Eucaristía, donde se renuevan las mentalidades y estructuras pastorales y desde donde se entiende y se direcciona la conversión pastoral. Aquí se fundamenta la necesidad y exigencia de la comunión misionera de la Iglesia Particular, la que se realiza en los encuentros de presbiterio, en las asambleas eclesiales y en todos los organismos diocesanos que se organizan en una pastoral orgánica que nos da orientaciones y servicios evangelizadores.

### *3.3. El discernimiento trinitario del sujeto creyente y eclesial*

Por esta vía se aprende que toda la vida de fe la realiza el Espíritu Santo. Aparecida nos vuelve a mostrar la experiencia de la Iglesia primitiva que con asombro hizo experiencia cotidiana y familiar de la asistencia y conducción del Espíritu que prometió Jesús. Este Espíritu es una Persona divina que se constituye en el protagonista principal en el libro de los Hechos de los Apóstoles, en todas las cartas paulinas y apostólicas y, de manera especial, en el libro del Apocalipsis. En estos textos se afirma una y otra vez que “el Espíritu nos dijo”... “nos indicó”... “nos pidió”... “nos asistió”... “nos reveló”... lo que la comunidad necesitaba para hacer todo lo que Jesús les había dicho. Aparecida nos devuelve al protagonismo del Espíritu Santo, haciéndonos notar, entre otras muchas cosas, que nuestra misión es la de Jesús. Razón por la cual hemos de volver con Él la mirada una y otra vez, como comunidad orante, al Plan divino de Salvación. Nuestra tarea consiste, en primer lugar, en preguntarnos qué quiere Dios que hagamos, cuál es su santa voluntad. Lo más importante no es lo más impactante, inteligente y poderoso, no, lo más importante es orar en comunidad eclesial para discernir y realizar lo que Dios quiere que realicemos en su nombre: “Busquen el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás les vendrá por añadidura” La Misión Continental no es una suma de esfuerzos virtuosos ni mucho menos una estrategia táctica de la Iglesia, es la obediencia total a la voluntad de Dios nuestro Padre, discernida permanentemente en comunión con Cristo y toda la comunidad en el Espíritu Santo. La Misión Continental se hace cultivando el don de la contemplación. Es en este sentido que se entiende la sinodalidad de la Iglesia. En el sentido expreso de que acogemos la in-

vitación de Jesús a través de la Iglesia para aprender a caminar juntos en comunión corresponsable. He aquí la importancia que ha vuelto a señalar la Iglesia, conforme a hacer experiencia de colegialidad. Esto es, de consejos y asambleas diocesanas, de orientaciones pastorales rezadas periódicamente, las que nos ayudan a discernir el itinerario espiritual, comunitario y misionero de la Iglesia. Lo necesitamos hacer cada día como en nuestro propio proceso de madurez cristiana en la oración diaria, sobre todo en la Eucaristía, para saber hacia donde quiere Dios que navegue la barca de Pedro.

Aparecida, al hacer propio el ejercicio de discernimiento trinitario – el que consiste en ver con los ojos del Padre la realidad, juzgarla según las enseñanzas de Jesús y actuar con la fuerza del Espíritu Santo - nos ha enseñado a ser adultos en la fe. Donde todos, por la gracia del bautismo y en la originalidad de nuestras vocaciones específicas, recibimos el llamado universal a la santidad. En una comunidad donde todos somos iguales en dignidad y distintos en las funciones que Cristo nos encomienda como miembros de su propio Cuerpo Místico.

### *3.4. Aprendiendo de los maestros de la fe*

Aparecida nos enseña algo extraordinario, especialmente para nosotros, pueblos latinoamericanos. Los grandes maestros de la fe se encuentran en los miles de peregrinos que acuden a nuestros santuarios. Ellos no son solamente creyentes que cultivan una expresión de la fe devocional, llamada respetuosamente piedad popular. Expresan, además, una espiritualidad popular que tiene mucho que enseñar y que, aprendiéndola con delicadeza y concentración, nos ayuda a descubrir el camino de la madurez cristiana. Pero Aparecida llega aún más lejos, afirmando que esta fe de los peregrinos constituye formalmente una mística popular. Por lo tanto, esos peregrinos son maestros de la fe. Sin vanidad, sin prepotencia, sin incluso saber muy claramente que han recibido por gracia la Sabiduría que viene de lo alto, son auténticos profetas que con su palabra y testimonio de vida nos muestran los caminos más altos para recibir a Jesús y ser sus discípulos misioneros para que nuestros pueblos en El tengan Vida.



#### **4. Conclusión**

En síntesis, señalemos algunos de los aportes de Aparecida desde esta clave de la Animación de la Vida en el Espíritu. Los formulamos como actitudes y verbos de acción para ir juntos ensayando una configuración del camino espiritual del discípulo misionero de Jesús:

1. Acercarnos a cada persona y a todas las personas tal como se acerca Jesús. Para cada uno, todo el amor de Dios toda la vida eterna de Dios.
2. Aprender a relacionarnos, en estos encuentros cristianos y misioneros, como Jesús se relaciona con nosotros. Haciendo propios sus mismos gestos, sus mismas palabras y con su mismo Espíritu para relacionarnos con Dios, con el prójimo, conmigo mismo y con toda la creación a la manera de Jesús.
3. Redescubrir la Vida en el Espíritu reconociendo que sólo en Él podemos entender la Palabra de Dios, la vida comunitaria, la gracia de los sacramentos y la misión evangelizadora. La vida cristiana se aprende como un itinerario espiritual de la fe y de la santidad, recibidas por la gracia de Dios y que exigen nuestra respuesta libre y comprometida.
4. En un amor renovado a la Iglesia. Los tiempos de crisis son siempre tiempos de gracia y conversión. Si la crisis no nos llega por nuestras propias caídas, hemos de buscarla haciendo propias las desgracias y sufrimientos de los hermanos. En ambas reconocemos siempre la invitación de Jesús a seguirlo radicalmente. Somos discípulos de un crucificado que nos enseña a liberarnos de nosotros mismos, esto es de nuestros miedos e intereses egoístas, para servir con alegría. Para evangelizar con la inmensa alegría de saber y descubrir en el misterio Pascual de Cristo que no hay gozo que dar la vida por los amigos.
5. Agradecidos de los maestros de la mística popular. La invitación es a pasar de la humillación de ser enseñados por los pobres y sencillos a la ale-

gría de descubrir con la Virgen María que Dios “hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (Lc. 1, 50 - 53).

6. Pidiendo día a día la gracia del discernimiento comunitario, creyente y eclesial para hacer siempre la voluntad de Dios en Cristo y con la fuerza del Espíritu Santo.

7. En una conversión personal y pastoral que nos ayude a renovar nuestra vida cristiana y todas las estructuras pastorales para renovar la acción evangelizadora según lo exigen los nuevos tiempos.

8. Abriéndonos como comunidad eclesial al servicio de los más pobres y desde ellos a todos. Dialogando con simpatía con todas las expresiones humanas, sin renunciar jamás a nuestra identidad cristiana ni mucho menos a las verdades que nos iluminan, ni a la moral que nos orienta hacia el bien.

9. Adorar a Cristo en la Eucaristía y en las personas empobrecidas, excluidas y sufrientes. La fuente de la espiritualidad apostólica se nutre en la caridad de Cristo que nos urge. Toda nuestra vida y servicio evangelizador consiste en hacer propio el dolor de los últimos. Ahí está de manera privilegiada Cristo (cf. Mt. 25).

10. Anunciar siempre y en cada circunstancia el kerygma. La vida cristiana consiste en hacer de todas nuestras palabras, actitudes y acciones una profesión de fe permanente. Que despertemos en cada momento la pregunta por la fe y por la persona de Cristo, el Señor. La Misión Continental se realiza en la palabra y el testimonio del discípulo misionero de Jesús para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.

Nota recibida el 3 de septiembre de 2012

Nota aceptada el 12 de octubre de 2012